JULIO CASTRO

VIOLENCIA Y PROVOCACION

EL sepelio de Heber Nieto fue un acto de repudio a la represión y a la violencia policiales. Más de cien mil personas expresaron su protesta. El ordenado y silencioso desfile significó una acusación máxima. Porque el incidente que costó la vida al muchacho, no habría tenido consecuencias de no haber intervenido la policía. Con ésta llegaron la prepotencia, las armas, los tiros y como hecho definitivo, la muerte del joven estudiante.

No se sabrá seguramente quién fue el matador: pero las armas estuvieron exclusivamente en manos de los agentes encargados de mantener "el servicio del orden". A ningún muchacho le fueron encontradas; ni hubo rastros de que las hubiera en el local ni en la azotea donde se desencadenó la tragedia.

Este sentimiento expresado por la multitud fue inequívoco. Hay que poner fin a la provocación y a la casa de estudiantes. Hay que encauzar la violencia hacia formas de convivencia que bagan posible su extinción.

Al retornar del cementerio abrigábamos la esperanza de que el sacrificio de Heber detuviera la tensión existente, que no hubiera ocurrido en vano.

Pero nos equivocamos. La violencia recrudeció. Cobró nuevas víctimas y los asaltos, atracos, atentados terroristas, provocaciones, crímenes, siguieron a la orden del día, o, mejor, de la noche. Por encima de la razón, de la convivencia posible, de la firme decisión popular de vivir en paz y de edificar el futuro del país, por los estudiantes asesinados, triunfa la decisión de mantener el caos. Y las corrientes está abiertamente tolerada, por las mismas fuerzas del orden.

HAY en el país distintos tipos de violencia. En el fondo tal vez sea una sola que se manifiesta de diferentes formas pero que varía según los sectores y actores a través de los cuales se expresa.

Una es la lucha armada en que están empeñados las organizaciones clandestinas. Un ex ministro del Interior la calificó de guerra civil y en cierto sentido lo es. Tiene raíces profundas que afincan en la realidad nacional, en una crisis generacional sin precedentes, y en una nueva concepción del papel que corresponde a los jóvenes en el presente. En el acuerdo o en el disentimiento, hay que reconocer que los militantes de esas organizaciones luchan por el cambio de la relación popular y mantienen ordenamiento y disciplina para eliminar a los que a un régimen asesino.

Por la naturaleza de dichas organizaciones su capacidad de operación está limitada a la participación directa de sus miembros, sin proyección al resto de la población. Esta se entera, aprueba o repudia, pero no participa. Sólo los iniciados o los que están en proceso de incorporación actúan. Por muchos que sean sus miembros, su expansión presenta necesariamente un límite determinado. En su ámbito la violencia se ejerce, de parte y parte, de acuerdo con las leyes de la lucha armada. Es un fenómeno que conocen nuestros pares que lleva largos años de duración en otros países.

Otra es la violencia que se ejerce en torno a las movilizaciones políticas. La vieja y repudiable sombra del "el caballo del comisario" ha hecho su aparición. Los acontecimientos registrados recientemente en Castillos y Tacuarembó, la prisión a pequeñas o numerosas manifestaciones, la coacción y la amenaza ejercidas por la policía en múltiples formas contra los desafectos al régimen, reproducen violencias que superaban definitivamente superadas.

Ha aparecido además a todos los niveles. El presidente que burla a la asamblea, el ministro que desacata la justicia, el comisario que asalta un liceo, la empleada de la jefatura que hace echar a un diputado a punta de bayoneta, y el guardia civil que aprehende a un pegatinero sin nada que lo justifique, cometen, cada uno en su jerarquía, el mismo abuso de autoridad. Y ese sistema piramidal de coacción y prepotencia, encuentra necesariamente la respuesta. El pueblo, paciente, tolera, aguanta y evita las provocaciones. Pero se da un límite, pasado el cual, surge la obligada respuesta y la violencia estalla.

Es cuando los provocadores se escandalizan y encuentran que "los uruguayos son ingobernables".

Ahora predomina un tercer tipo de violencia, que pretende desatar una verdadera guerra juvenil. El calificativo es aplicable pese a que quienes la promueven y muchos de sus activistas están lejos de ser jóvenes. Pero el terreno en que se desarrolla el núcleo central de sus operaciones es, especialmente, el ámbito estudiantil y dentro de éste, el más sensible a la inquietud y el más dispuesto a actuar. Los muchachos liceales —12 a 18 años— adolescentes y jóvenes, integran el sector juvenil donde mejor prende. Y no lo saben bien los que mueven los hilos de la provocación.

Durante dos años el gobierno usó la intervención para mantener al sector estudiantil en constante estado de irritación. Cuando surgieron períodos de bonanza, "las fuerzas del orden" encontraron pretexto para intervenir "dentro del marco de las medidas de seguridad". La tensión provocada y sostenida decretó clausuras, expulsó profesores, distorsionó todo el sistema y mantuvo a los jóvenes en vilo. Hasta que la insoslayable situación encontró una salida por vía legislativa. El parlamento dio una solución de paz. El Ejecutivo amenazó con el veto. Pero la presión popular lo obligó a ceder la intervención y a tolerar las designaciones acordadas por la Asamblea General.

Pero las fuerzas autoridades de secundaria surgió un clima general de distensión. Alumnos, padres y profesores colaboraron en la solución de paz.

Pero ya los provocadores habían montado nuevos operativos. Apareció, agresiva y pujante, la JUP, promovida por la publicaciones del ministro del Interior, promovida por la prensa reaccionaria y protegida por el sigilo de todo el país por la policía. En algunos departamentos sus miembros reciben instrucción y practican tiro, en locales oficiales, bajo jefatura militar o policial. También, como se ha denunciado sin que nadie lo desmienta, gozan de transporte oficial para sus desplazamientos. Y hasta ahora no hemos conocido casos en que miembros de la JUP hayan sido individualizados o detenidos por la policía, pese a los desmanes que diariamente promueven.

También ha rejuvenecido la vieja Asociación de Padres Demócratas con una agresividad que no se compadece con los años de sus integrantes. Sus voceros —que llegaron al colmo de hacer el elogio de Strossner, cuando fue torturado el padre Monzón— destilan por ondas y canales su odio contra los muchachos, contra los profesores, contra las nuevas autoridades de enseñanza. Padres, al fin, —supuesto que lo sean realmente— tienen deberes elementales frente a sus hijos, que han sido desbordados por el odio y la incomprensión.

El desgraciado episodio que costó la semana pasada la vida a un joven de diez y seis años, debe resultar —como lo expresó el padre Heber— un dramático llamado a la realidad. Quien recorra el Prado y vea las inscripciones en muros y veredas —al la iglesia y en la escuela— tendrá el testimonio del grado a que ha alcanzado esta la psicosis organizada y encontrará la lógica explicación de —no por ello menos lamentable— la fatídica noche del 5 de agosto.

Sin embargo tampoco la muerte del joven sirvió. Los diarios desfiguraron los hechos aun antes de que se conocieran oficialmente. Los diarios, después de conocidos, analisis y conclusiones con repudiable propósito de explotación política.

Pero no fueron sólo los diarios grandes —en los que "El País" fue especialmente— los que aprovecharon el hecho para nuevas provocaciones. El lunes el liceo Bauzá —al cual pertenecía el estudiante muerto— fue testigo de desórdenes provocados por quienes tratan de impedir la pacificación. Los "padres demócratas" recurrieron a la prensa para denunciar hechos que el Consejo Interino de Secundaria desmintió o rectificó. El Poder Ejecutivo por intermedio del ministro de Cultura —con muy dudosa competencia jurisdiccional— exigió a aquél un informe sobre la situación en los liceos. Son todos signos de una nueva escalada en Secundaria, deslinada a trabar, lo sin duda, el esfuerzo del consejo interino y sus esfuerzos por normalizar la vida y los estudios en los liceos.

Porque si algo se puede negar es el sano propósito del consejo interino de poner orden en la enseñanza media. Su permanente preocupación por mantener informado al país, su lucha constante contra las medidas de "desgremialización", su equilibrio ante los conflictos en que ha tenido que intervenir, y, por supuesto, la defensa del instituto a su cargo ante desmanes y agresiones que no pueden soportar, así lo prueban.

Si existiera un leal propósito de pacificar secundaria, todos estarían apoyando sus reservas al consejo interino.

PROVOCAR la violencia, reprimirla con más violencia y luego explotarla como pretexto para crear y mantener el clima de represión que vive el país, es la técnica que aplica el gobierno en nombre del orden y la seguridad. Así atropella el ordenamiento jurídico, la justicia se impone su arbitrariedad como ley única, en su relación con los ciudadanos. Tres años de "medidas prontas de seguridad", nos han llevado paso a paso a la dictadura. No hay que llamarse a engaños, en ella estamos.

Ahora, como los hechos referidos lo demuestran, se insiste en provocar la violencia juvenil. Es un propósito deliberado, criminal, porque usa como instrumento a los jóvenes y porque su extensión no tiene límites. Es la aventura de provocaciones más peligrosas que se puede embarcar al país.

Y eso ocurre a tres meses de las elecciones, en las que el propio mandamás del régimen, entra a la pugna electoral como candidato a su reelección.

MARIO BENEDETTI

ESTE VOTO NO SERA DE POBREZA

MAS de un extranjero que llega al Uruguay 71, no oculta su estupor al recorrer las calles de Montevideo y efectuar una doble comprobación: por una parte, la presencia insoslayable y ominosa de las fuerzas represivas (que pueden ciento o veintignosamente, según los casos) la soberbia y el estruendo de su poder; y por otra, la presencia serena del pueblo, que no revela temor ni perplejidad, ni siquiera sorpresa. A lo sumo, la gente detiene un instante su paso, contempla el tránsito azul de las chanchitas, les sigue a veces con la mirada como para cerciorarse del rumbo que toman, hace a veces un gesto casi imperceptible donde el humor bonifica de alguna modo la prepotencia, y después sigue su marcha, que tal vez sea el verdadero desafío del país. Parte de toda esa secuencia, aun cuando fuera filmada al detalle, no creo que recogiera señales de miedo. Aparecerían ciertamente ingredientes de la actual vida montevideana: hábito y preocupación, vigilancia y apatía, sangre fría y desdén, serenidad y arrojo.

La verdad es que virtualmente las únicas señales de público miedo provienen siempre de la historia gubernamental, del nerviosismo represivo. La inseguridad ideológica de esos rostros jóvenes, parapetados detrás de las armas y los vehículos blindados que generosamente provee el imperio, es paradójicamente mucho mayor que la del simple transeúnte, esa que en cualquier momento puede ser señalado por sospechoso, indagado, golpeado, torturado, y finalmente confinado en el CGIOR, el depósito B de la ANP o la Carlos Nery. Hasta se diría que la posible víctima mire con cierta curiosidad a su posible victimario, tratando de adivinar de qué manera se aplique el porqué de ese trazo de encono y pavor que ha sido sistemáticamente instaurado como su marca de fábrica. En un pasado no tan lejano, cualquier uruguayo entendió siempre la ironía y la necesidad de una fuerza policial; hasta en los antiguos y a veces duros enfrentamientos de los estudiantes con las huestes estudiantiles, había tácitas reglas de juego que ambos bandos pedían por lo general respetaban.

En cambio es evidente que todavía no cabe en el entendimiento nacional el nuevo estilo de represión, con motores extranjeros capaces de entrenar rigurosamente para la saña y la crueldad, y asimismo para sembrar la muerte entre los jóvenes. No obstante, sucede que el pueblo, de simple víctima propiciatoria se ha convertido en testigo memorioso; sucede también que la cercanía impide muchas cosas, pero no impide pensar. Y cuando la repetitiva propaganda de radio y televisión señala la esa infranqueable frontera del régimen de vecindad, la realidad no sólo proporcionando ninguna garantía sino confesando una de sus frustraciones.

Lo que ha logrado la clase dominante y el ciudadano común se está abriendo un abismo, y sobre ese abismo hay BID capaz de financiar un puente. Mal que bien, los oligarcas criollos de un pasado relativamente cercano, invirtieron en Uruguay, en la subestimación de las fuerzas populares podía gestarse su cuidado a corto o largo plazo. Y al por un lado hubo patriotas que tuvieron lo que hoy podríamos llamar un nexo patriótista y hasta folclórico con el pueblo, también hubo otros, más calculadores, que mantuvieron ese vínculo como bien pensada inversión, como garantía de sus dividendos. Esa hábil estimación, aunque por cierto no inspirada en las mejores razones, abonó la postergación de su deterioro como clase, así como la permanencia de esos hombres nuevos en el poder político.

Hoy, en cambio, la nueva oligarquía, más torpe, más corrupta, menos sensible a las urgencias que marca la historia, ha sembrado el mapa vigente, heredados cables de conexión con ciertos sectores de pueblo, en los cuales, con buenas o malas semillas, sus antecesores habían diseminado confianza. Conscientemente o no, la oligarquía de hoy ha decidido sustituir la confianza de las masas, y sobre todo ha descreído de su creciente politización. Si no existieran además otras razones (económicas, sociales) tanto o más poderosas, sólo por esa inepcia estaría condenada.

Con escasas excepciones, los candidatos (o candidatos a candidatos) blancos y colorados siguen manejando el mismo lenguaje de club político, la misma demagogia de vieja estirpe, pero con el agregado sobre todo a nivel de ponzoñosos editoriales, a lo largo y a lo ancho de toda la prensa reaccionaria) de un estilo tonto, tonto, hediendo, que no le hace ascos al embuste minucioso, meticulosamente planificado que todo la ciudadanía conoce, que la acción ha introducido en esta campaña

(Pasa a la página siguiente.)

QUIJANO

● **Nuestro compañero Carlos Quijano viajó a Chile. Razón por la cual esta semana no va su acostumbrada nota editorial.**